

En 1808 D. Félix Berenguer de Marquina habla, como todos sus antecesores, del buen tratamiento que debía darse á los indios, de la proteccion que su sucesor debía impartirles, de la conveniencia de que el virey recibiera y oiga á todo el mundo, de las expediciones botánicas enviadas por el gobierno á toda la América para recoger objetos y producciones de historia natural, de varias mejoras, como la introduccion del agua del Jamapa á Veracruz, y otras.

Hablando de las Instrucciones de los vireyes, hemos recorrido, aunque á saltos, toda la historia de los tres siglos. ¡Y bien! no hemos encontrado nada de lo que dicen los detractores del gobierno español; ni ociosidad, ni ignorancia, ni parpadas ridículas, ni juras, ni festejos por alumbramientos de reinas ó vireinas, ni tiranías, ni cadenas, ni argollas, ni opresiones, ni desprecio á los indios; nada en fin de lo que suelen decir los que no han pensado bien en lo que dicen.

Todas las oficinas públicas tenían obligacion de mandar diariamente á la Secretaría del Virreinato una noticia de los negocios que habia en ellas y del estado en que se encontraban: no podían estar ociosos ni el virey ni sus empleados inmediatos, ni los de las otras oficinas. Contra el cargo de ociosidad es testigo el admirable arreglo que habia en el Archivo, como puede verse todavía en el general de la nacion.

Los documentos del mismo Archivo dan testimonio contra el cargo de ignorancia, como tambien las Instrucciones de que hemos hablado, la perfecta organizacion de todos los ramos del gobierno conforme á las ideas que entonces regian, y sobre todo, el floreciente estado en que se encontraba el país al tiempo de proclamar su independencia.

No eran los vireyes parodia ridícula de los monarcas. Todos los recuerdos de aquel tiempo atestiguan que se les miraba con el mismo respeto que al rey, sin dejar por eso de ser accesibles á todo el mundo. Ellos mismos lo decían en sus Instrucciones, y siempre fueron celosos de la dignidad que representaban, como lo comprueban varios casos de aquella época, entre otros el de un chantre de la Catedral de México, que por no haberse quitado el sombrero hasta abajo al pasar cerca del virey por una calle, fué expulsado el mismo día veinte leguas á la redonda.

Los vireyes pensaban y se ocupaban en grandes y formales proyectos para el provecho moral y material del país, no en juras ni en festejos inútiles por alumbramientos de reinas ó vireinas, y es una pueril falsedad lo que se dice sobre esto. No hubo en los tres siglos más que siete ó ocho proclamaciones ó juras de reyes: la de Felipe II en 1556, la de Felipe III en 1598, la de Felipe IV en 1621, la de Carlos II en 1666, la de Felipe V en 1701, la de Fernando VI en 1746, la de Carlos III en 1761 y la de Carlos IV en 1789. Nada tiene de malo que se celebraran aquellas proclamaciones con fiestas mas ó menos suntuosas, segun las circunstancias, como no es malo el que hoy celebremos la eleccion de un Presidente de la República cuando se verifica. Dicen que solo el Duque de Alburquerque fué dado á fiestas para celebrar el nacimiento de príncipes; y en cuanto á lo demás, hay que advertir que durante todo el siglo XVIII los mas de los vireyes fueron solteros. No fueron casados el Duque de Linares,

el Marqués de Valero, el de Casafuerte, el Duque de la Conquista, el Marqués de Croix, Bucareli, Azanza, Marquina y Venegas. No hubo pues entonces hijos de vireinas que se bautizaran, y en consecuencia no hubo esos festejos que tanto censuran algunos.

Digamos algo de la tiranía colonial. Ya hemos indicado en otros artículos lo que prevenian las leyes sobre los indigenas, y hemos visto en este lo que decían los vireyes acerca de ellos. Los vireyes, desde el primero hasta el último, se propusieron proteger á los pequeños contra los grandes; recibían y escuchaban á cuantos querían hablar personalmente con ellos, y frecuentemente se llenaba el Palacio de centenares de indios que iban á exponer sus quejas ó necesidades. Algunos vireyes, como Revillagigedo, ponían buzones para que los que no se atrevieran á decirles de palabra lo que querían, lo hicieran por escrito. No hacen más ni podrían hacer más los Presidentes republicanos de nuestro tiempo.

Los vireyes ejercían el mando en períodos cortos; duraban cuatro ó cinco años como los presidentes de las repúblicas; tenían en frente de sí á las Audiencias y á los Ayuntamientos, y estaban sujetos además á severos juicios de residencia. Estos juicios eran una especie de apelacion al pueblo. Cuando cesaba un virey en el mando, se anunciaba el juicio de residencia por medio de grandes rotulones, á voz de pregonero y con marcial aparato, invitando á todo el mundo á declarar ante el juez del proceso los agravios que hubiese recibido. El virey, privado ya del poder, quedaba entregado inerme en manos de la multitud, y tenia que permanecer aquí hasta la conclusion del juicio para responder con su persona y bienes, ó dejar un apoderado que respondiera. Siempre hubo gran severidad en aquellos juicios, y algunas veces rayó la severidad en encarnizamiento, como en los del Duque de Escalona y el Marqués de Cruillas. Algunas veces tambien acontecia que los vireyes eran acusados injustamente, en venganza del rigor que habian desplegado para reprimir abusos; y esto sucedió con el gran Revillagigedo, en cuya residencia se presentó el Ayuntamiento de México como acusador, porque habia chocado con él en ciertos negocios de importancia pública.

No era fácil con esto, que los vireyes se atrevieran á abusar mucho de su autoridad, ni menos que cometieran grandes crímenes aunque tuvieran tentaciones de hacerlo. No solo tenían delante de sí dos poderes formidables que les servían de contrapeso, el municipal y el judicial, sino que debían dar cuenta de su conducta al rey que les habia dispensado su confianza, y como creyentes que eran, sabían que aunque pudieran sustraerse al castigo de los hombres, habia de alcanzarles al fin la justicia de Dios en quien creían. Eran además casi todos, por su educacion y por su clase, hombres que daban grande importancia á la opinion pública, militares que idolatraban el honor y aspiraban á ganar fama y gloria para sus nombres y para sus familias. Por eso, aunque no todos fueron intachables, fueron muy raros los prevaricadores: de dos ó tres únicamente se dice que se mancharon con manejos indignos; todos los demás fueron buenos y honrados, y algunos alcanzaron fama de eminentes, como Mendoza, Velasco, Palafox, Rivera, Li-

nares, Croix, Casafuerte, los dos Revillagigedos, y otros muchos. El segundo Revillagigedo debe ser mencionado aparte como uno de los hombres mas grandes de la historia.

No eran tiranos aquellos hombres, ni perseguidores ni crueles, ni nada de lo que se dice de ellos. Ocupábanse en hacer el bien hasta donde sabían y podían, y bajo su gobierno se hicieron las grandes ciudades que engrandecen á México, los monumentos que las adornan, los desagües, los acueductos, las fortalezas, los puertos, los caminos, todo lo que vemos y admiramos. Pensaron en todo, desde la comunicacion interoceánica hasta los empedrados de las calles; y lo que no pudieron realizar, tuvieron la gloria de iniciarlo, como la navegacion de los rios, la canalizacion de los lagos, la partida doble para la contabilidad de las oficinas, y otras cosas que se han realizado despues ó que todavía están en proyecto como ellos las dejaron.

No eran tiranos ni podían serlo los gobernantes de un país donde no hubo tropas permanentes hasta mediados del siglo XVIII. En lugar de ejército habia regimientos de milicias provinciales, compuestos de comerciantes y otros hombres del pueblo; especie de guardia nacional parecida en sustancia á la que existe en los pueblos libres de nuestro tiempo.

No hubo ni podia haber tiranías donde las leyes mismas y el modo de aplicarlas introducían en las costumbres un espíritu democrático. Las únicas armas que habia, estaban en manos del pueblo: los artesanos formaban asociaciones como ahora para mirar por sus intereses: las muchedumbres se reunían en calles y plazas en ocasiones críticas, como podrían hacerlo ahora: el pueblo de México quemaba un día el Palacio porque estaba caro el maíz: los estudiantes de la Universidad destrozaban una noche la picota que estaba en la plaza: el populacho de Puebla se amotinaba por no numerar las casas, y cerraba á pedradas contra las autoridades. Y los vireyes apaciguaban siempre aquellos tumultos con buenas palabras ó promesas, persuadiendo á la multitud de que no tenia razon, ó poniendo remedio á los males que la afligían; nunca á cañonazos.

¿Qué tiranías ni que tiranos eran estos?

Nos chocan ahora ciertas fórmulas que se usaban entonces; nos repugnan algunas palabras que solia emplear el poder absoluto, y se cita especialmente aquella frase de la Cédula del rey que suprimió á los jesuitas: «los vasallos de S. M. han nacido para obedecer y callar.» Duro es esto sin duda para nuestros oídos de hoy; pero la verdad es que tambien allá en España tuvieron que callar y obedecer los que llevaron á mal la medida; y allá y acá y en todas partes han tenido que obedecer y callar los que lamentan la supresion de las Ordenes religiosas decretada por los gobiernos liberales de nuestra época.

Se achaca al gobierno español un estúpido empeño por mantener á México en la ignorancia. Mil colegios y escuelas, mil celebridades en todas las carreras científicas, atestiguan lo contrario. México fué el primer país del Nuevo Mundo que tuvo una imprenta, la cual vino con el primer virey en 1535. En ella se imprimieron, así como en otras que vinieron despues, infinitas gramáticas y diccionarios de los idiomas indíge-

nas, é instrucciones en ellos y en castellano para los hijos del país. No se hace esto ahora: ¿qué se ha de hacer? Hoy no se imprime apenas nada, que sirva para los indios, y sus idiomas están entoramente abandonados, como si no tuviéramos interes en conservarlos y aprenderlos para bien de las letras y de la historia. Esta ciudad de México fué tambien la primera de América que tuvo un teatro; y es curioso saber que sus constructores, propietarios, empresarios y actores, fueron los frailes. En fin, tambien fué México la primera ciudad americana donde hubo un periódico: apenas empezado el siglo XVIII, ya se imprimió aquí la Gaceta.

Se ponderan los errores económicos de aquel tiempo, las prohibiciones, las trabas puestas al comercio y á la industria. Muchas exageraciones ha habido en esto, y no es verdad que la falta de cultivo de algunos artículos procediera de prohibiciones expresas. El cultivo de la seda, por ejemplo, se abandonó porque no podia competir en precio con la que venia de Europa, y lo mismo sucedió con el vino, las lanas, el aceite, el lino, el cáñamo y otros artículos. Los vireyes se empeñaban en fomentar la fabricacion de todos ellos, pero la manufactura europea lo impedía, lo mismo que ahora; y habria sido menester prohibir la introduccion de los que se hacían en España, lo cual era mucho pedir para aquella época, y para todas. Por lo demás, no debemos espantarnos de que hubiera entonces grande atraso en estas materias: la libertad comercial é industrial tardó más en venir que la política. Todavía hoy existen las alcabalas aunque la ciencia económica las condena: ¿qué extraño es que bajo el gobierno colonial hubiera errores económicos?

Se declama contra el fanatismo y las supersticiones de aquellos tiempos, contra la multitud de iglesias y conventos, contra el sinnúmero de frailes y monjas. Hay que distinguir: contra todo esto clamariamos tambien nosotros si fuera tiempo, pero no podemos unir nuestro clamor al de los que condenan el sentimiento religioso de una manera absoluta. Era aquello una manía ó un vicio de la época, que reprobaron abiertamente algunos hombres muy sabios como Saavedra Fajardo y Fejoo. Hay que tener presente sin embargo, que todo aquello se hacia con la mas pura intencion de producir un bien, y que dadas las circunstancias de entonces, resultaba casi siempre un bien positivo, porque los frailes enseñaban y socorrian al pueblo, y porque, como dice un escritor contemporáneo, para entrar en el templo era casi siempre necesario pasar por la escuela.

Prescindiendo de esto, y por mas que nosotros tengamos por deplorable toda supersticion y todo fanatismo, encontramos en muchas de las creencias, ó si se quiere, alucinaciones ó consejas piadosas de aquellos tiempos, cierta poesia que nos encanta. La Virgen se aparece á un hombre del pueblo, habla amorosamente con él y lo regala en pleno invierno fragantes rosas, como para declarar que los pobres y humildes son ante Dios iguales á los ricos y á los poderosos. Los espíritus celestes bajan del empíreo para edificar á Puebla, y la noble ciudad monumental lleva el nombre de los Angeles. En cada fundacion piadosa hay una leyenda. Ya es un hombre desengañado del mundo y perse-

guido de la fortuna, que edifica un convento ya una jóven, víctima de malogrado amor, funda un monasterio para encerrar su afán, y para que en él encuentren otras refugio contra las borrascas de la vida; ya un rico que tenia seco el corazón, y cree que Dios se le toca al ver la desnudez de unas criaturas, emplea sus tesoros en la fundacion de un Colegio para niñas pobres. Todo esto es poético aunque nosotros no seamos capaces de demostrarlo, y es además inocente é inofensivo.

Lo cierto es que en medio de aquellas supersticiones se crearon y desarrollaron en la Nueva España hábitos y costumbres de una generosidad espléndida y de una beneficencia magnífica, y cada uno de los tres siglos puede presentar filántropos de inmensa altura que serán por siempre el adorno de su historia. Pocos vemos hoy como ellos, y es preciso confesarlo, pese á la vanidad de nuestro siglo. ¿Quién funda hoy un Montepío como el conde de Regla? ¿Quién hace á su costa caminos y puentes como el conde de Bassoco? ¿Quién gasta millones en beneficio del público como La Borda? ¿Quién busca la fama llenando de poblaciones la frontera como Escandon? ¿Quién emplea su caudal en un establecimiento benéfico como los fundadores del Colegio de las Vizcainas?

Dijo una vez D. Ignacio Ramírez en uno de sus brillantes discursos, que el gobierno español al dar orden para que se abrieran todas las oficinas y archivos de América al baron de Humboldt, no sospechaba seguramente que así proporcionaba á la posteridad las primeras piezas del proceso que ésta habia de formarle un día. No lo dijo precisamente así, sino con una frase muy bella que no podemos recordar ahora. Pues bien: no es exacto eso. Lo contrario es la verdad. Si Humboldt no hubiera visitado la América en tiempo del gobierno español, no tendríamos la autoridad mas respetable y preciosa que puede alegarse en su defensa. Humboldt lo vió todo, lo admiró y ponderó, sin dejar de censurar como nosotros lo que no le parecía bueno. Lo que más le encantó, fué la Nueva España, y el sabio se convirtió en poeta para pintar las magnificencias y los encantos de la ciudad de México y del Valle que la circunda.

Nos cansamos, y vamos á dejarlo aquí, aunque se nos queda en el tintero infinitamente más de lo que hemos escrito.

No se crea (y repetimos esto para que no se olvide) que nosotros echamos de menos el sistema colonial ni nada de lo que entonces existía. Aquello pasó para no volver; y si fuera posible que volviera, nosotros lo rechazaríamos como inútil para nuestras ideas y nuestras necesidades. Nosotros damos por cualquiera de las libertades de hoy, por esta que tenemos para escribir lo que pensamos, todas las grandezas del tiempo antiguo.

Chateaubriand dice: «el más precioso de los tesoros que la América guardaba en su seno, era la libertad.» Si, es cierto: amémosla como merece; purifiquémosla para hacerla amable; hagamos que sea una verdad aquí como en la tierra á que el grande escritor se refería; pero seamos justos con el pasado que la incubió, y sobre todo, no despreciemos ni aborrezcamos á los hombres que sin haberla conocido ni gozado, fueron sin embargo bastante buenos para dejar una memoria grata en la historia.

(Concluirá.)